

IDENTIDADES LOCALES/REDES DE CULTURA GLOBALIZADA

Conflictos y diálogos posibles

Guillermo Gutiérrez ¹

Este trabajo fue expuesto por el autor en la CULTURELINK First World Conference, organizada por IRMO/CULTURELINK en Zagreb, Croacia, del 8 al 11 de junio de 1995. El tema central del evento eran las redes en la época de la globalización. Ese mismo año el trabajo fue publicado por la revista CULTURELINK. Desde esa fecha, en el mundo se han registrado cambios dramáticos. Los movimientos fundamentalistas, citados en esta nota emergen como antagonistas principales de la globalización, en tanto radicalizaron y multiplicaron sus acciones; a la vez, se robustecieron las formas transnacionales del poder, y un nuevo fenómeno social, la exclusión masiva, azota y deshumaniza a más de la mitad de la población mundial. La lectura de los conceptos aquí expresados debería condicionarse a esta nueva realidad. Por otra parte la mención de las actividades de ICEPH y de la importancia de las redes de la sociedad civil – que se justificaban en el marco expositivo del coloquio de Zagreb – pueden relativizarse como una nota histórica. Lógicamente, en los años transcurridos, este tipo de propuestas ha evolucionado, alcanzado otras dimensiones.

La llamada "era de las redes" nos plantea ciertos desafíos. Mientras el proceso de globalización cultural avanza irreversible, y las redes de comunicación son su componente imprescindible, en muchos pueblos y naciones se evidencia un fenómeno de progresivo aislamiento de las identidades culturales locales y regionales.

Los graves resultados sociales del nuevo orden mundial, medidos sobre todo en exclusión masiva de una buena parte de la humanidad, están también determinando la involución hacia el ghetto, la feudalización de las relaciones y los conflictos emergentes de los grupos enfrentados entre sí.

En ese contexto, es necesario definir cómo las redes pueden aportar a la construcción de una sociedad civil globalizada de nuevo tipo. Y también, cómo contribuirán a preservar la riqueza de la múltiple experiencia cultural, basada en las diferencias y en la creatividad de los grupos y regiones.

1. La tensión entre lo local y la globalización

Globalización de la cultura o afirmación de una infinita gama de experiencias particulares: esta es la fuente de una enorme tensión que hoy afecta a la humanidad en múltiples aspectos, desde aceptar como paradigma el consumo universal de una marca de hamburguesas hasta sangrientos choques étnicos en diferentes puntos del planeta.

Tan sólo unas décadas atrás era posible hablar sin sobresaltos de "identidad local", aceptando que un límite geográfico era garantía suficiente para que cualquier grupo humano disfrutara de su propia isla, al menos por períodos prolongados. La aldea, la región, el barrio, eran territorios definidos y dentro de ellos había suficientes elementos culturales como para autoabastecer una determinada personalidad grupal.

Por oposición, los territorios de fuerte inestabilidad cultural eran básicamente tema para los libros de aventuras: la Alaska de Jack London, la California de la quimera del oro o la lejana Patagonia, la "tierra maldita" de Darwin, estaban en las antípodas de comunidades caracterizadas por la invariancia de sus matrices culturales.

Pero hoy *cultura* se equipara a *industria cultural* y ésta constituye, ante todo, un fenómeno de dos niveles: acción de los medios masivos y acción de otros instrumentos de llegada masiva por contacto directo, como resulta la proliferación de iglesias fundamentalistas. Aquella multiplicidad de culturas locales, sustentadoras de identidades de grupos diferenciados, está fuertemente intervenida por estos dos discursos, el mediático y el de los miles y miles de pastores de la religión o el consumo.

Esta es la tensión contemporánea: la riqueza de culturas múltiples y diferentes, pero también en riesgo debido a su propia insularidad o la globalización reducida a un puñado de mensajes homogéneos, generados en apenas unas pocas usinas de pensamientos y gustos empaquetados.

2. Las cuestiones de base

Definimos la identidad como la concepción que un grupo tiene de sí, en tanto homogénea y persistente en el tiempo.

Se plantean ciertos elementos que permiten reconocer a los propios: ciertas uniformidades de comportamiento, de puntos de referencia fijos, de rituales, de imaginario, que abarcan al grupo; todo esto tiene permanencia, una permanencia suficiente como para que "lo nuevo", el cambio, sea percibido de inmediato como un acontecimiento; todo esto se desarrolla en un territorio con límites precisos, que tanto puede ser la nación como el barrio, la región, la ciudad o la aldea, según diferentes niveles de complejidad. La localidad, el territorio común y delimitado, juega un papel decisivo para construir una idea del "nosotros" frente al "ellos".

Esto implica un segundo término de la identidad cultural de un grupo: el auto-reconocimiento es también la operación de fijar con claridad el propio límite frente a una multiplicidad de "otros": separarse. Los conflictos que hoy sacuden a muchos pueblos pueden llevar este proceso a sus extremos; en algunos casos hay una desesperada búsqueda de la insularidad de la propia cultura, un etnocentrismo despiadado que convierte a la identidad en una esencia ahistórica.

Esto se da especialmente en aquellos pueblos que han sido llevados, compulsivamente, a convivir en unidades políticas que no eran resultado de su propia experiencia histórica, sino de la imposición, como ha ocurrido con las naciones africanas creadas en forma artificial por el colonialismo.

Pero también hay procesos de construcción de identidad a partir de los encuentros entre diferentes. Esto se da en lo que Darcy Ribeiro denominó pueblos nuevos en América, como los rioplatenses de Uruguay y Argentina, o los norteamericanos; productos de grandes procesos migratorios y dramas de desarraigo, los pueblos nuevos procuran desde hace un siglo construir identidades nacionales diferentes a las de sus orígenes pero, a la vez, con reconocimiento claro de las proveniencias. Es un proceso aún no terminado, pero en el que sus protagonistas reconocen la necesidad de llevar a cabo; detenta una multiplicidad de rasgos diferenciales tanto como ciertos objetivos centrales puestos en común.

Vemos entonces que las batallas por la identidad se dan en ciertas matrices culturales como una búsqueda del autoreconocimiento, y por su delimitación territorial; en otros casos, en la lucha por diferenciar claramente el "nosotros" del "otros"; y por fin, en quienes afirman un "nosotros" que puede ser construido a partir del encuentro, de la "digestión social y cultural" de múltiples "otros".

3. Exclusión social y su interrelación con la cuestión cultural

Estas que vimos son definiciones generales y ahora interesa ingresar en una perspectiva concreta.

Vivimos, a escala planetaria, dos procesos paralelos: la globalización, en la que las grandes cadenas de comunicación juegan un papel central, y la exclusión social masiva.

Esto significa una paradoja desesperante, porque la globalización a través del consumo de bienes y de mensajes es también inclusión de las masas de todo el mundo, para las que se fabrican, precisamente, productos de consumo masivo.

Pero esta paradoja se diluye cuando comprendemos que la globalización es asimétrica. La globalización nos pone en una misma nave, pero son muy pocos los que tienen acceso al timón.

En estos momentos hay unos mensajes globalizados y también unos riesgos en cuanto al destino de la humanidad que abarcan al conjunto. Pero esos mensajes no son emitidos por todos, ni las decisiones de riesgo son tomadas por todos.

El mundo globalizado es también el del Nuevo Orden Mundial, que junto con una prosperidad sin límites para una quinta parte de los seres humanos, va empujando hacia la exclusión a las otras cuatro quintas partes. Este proceso de exclusión sólo es posible en la medida en que actúan fuertes mecanismos de dominación simbólica, con capacidad para la disuasión de rebeldías.

Es este contexto el que define las interrelaciones entre identidades culturales locales y cultura globalizada.

4. Caracterización de las identidades culturales locales.

A) El mero hecho de enunciar la validez de la categoría "identidades locales" implica aceptar un determinado mecanismo de la producción cultural: la cultura como totalidad de la acción simbólica y modificación del entorno, y también que todos los seres humanos somos productores de cultura. Una cultura nacional es el resultado de esta múltiple producción, en la que los productores son los campesinos, los aborígenes, los obreros urbanos, los intelectuales y artistas, los empresarios, las minorías de diverso tipo.

Cada grupo va cristalizando matrices culturales que a la vez interaccionan en las diferentes etapas del desarrollo socioeconómico y juegan un papel activo en la cuestión del conflicto social, de la dominación y el poder. En este aspecto el punto más evidente, como ha mostrado Pierre Bordieu, son las prácticas lingüísticas, mecanismo de "dominación simbólica" por excelencia; pero en todos los estratos de las matrices culturales podemos investigar esta dialéctica de afirmación (donde la propia identidad es valiosa) o desvalorización (cuando el grupo no valora o ni siquiera reconoce poseer una identidad).

B) La investigación y valorización de las identidades culturales locales ha tenido un desarrollo errático. Fueron tomadas en consideración por los románticos del siglo XIX y en el proceso de surgimiento de las nacionalidades europeas; con este molde pasaron a América, pero luego perdieron esta dimensión de ser interpretadas en función de un proyecto político. Durante una larga etapa fueron el objeto de estudio de folkloristas, folklorólogos y etnógrafos, con metodologías empíricas, de catálogo, y objetivos propios de curadores de museo.

En América Latina, las identidades locales cobraron valorización en el contexto de los grandes movimientos de masas de cuño nacionalista, revolucionario y popular. Estos llenan una gran parte de la historia desde la primera década hasta mediados del siglo XX, desde México a Argentina. Todos estos movimientos de masas recuperaron los valores campesinos e indígenas, así como la cultura de la clase trabajadora emergente.

Los movimientos de masas implicaron la construcción de matrices culturales novedosas, síntesis de múltiples identidades locales, anteriormente aisladas entre sí. Estos procesos dieron lugar a imaginarios colectivos estrechamente ligados a proyectos políticos y sociales que, a la vez, realimentaron por

muchos años el rescate del protagonismo popular y la diversidad de su cultura.

Toda la historia de las luchas sociales latinoamericanas - las guerras sociales de los comuneros del siglo XVIII en Gran Colombia, Alto Perú, Paraguay y Brasil; las repúblicas libertarias de los africanos en Brasil; y las luchas contra el librecambio en Argentina y Uruguay en el siglo XIX, han sido luchas en las que las matrices culturales de cuño popular tuvieron papel determinante. Esto revela con transparencia que las identidades culturales locales, cuando hay una perspectiva de transformación social positiva para los intereses populares, rompen la concepción endógena y se convierten en insumos para un proceso de cambio.

C) Pero hay contextos en que las identidades culturales locales también pueden jugar un papel de segregación de grupos, de congelamiento de sus perspectivas como parte de una totalidad que lucha por las transformaciones.

Esto puede ocurrir por diversas causas: la complacencia autista y el temor a un entorno que se percibe amenazante, la esclerosis de la matriz cultural a tal punto que deja de haber masa crítica para que una comunidad cambie, o bien, en sentido opuesto, la anomia, que termina produciendo un efecto centrífugo que destruye al grupo.

También hay acciones desde el afuera, que incentivan la persistencia de aquellos núcleos de identidad que neutralizan la potencial capacidad de cambio y relacionamiento del grupo, y desarticulan otros núcleos que podrían reforzar la búsqueda de vínculos y articulaciones.

El ejemplo más acabado de esto es el accionar de las iglesias fundamentalistas, que incentivan en las congregaciones los valores de la vida templaria (aislada del resto, es decir, de aquellos que no profesan con el grupo), consolidan los comportamientos conservadores, y repudian toda forma de acción social transformadora: adhesión a sindicatos o partidos políticos, asociaciones, etc.

5. Características del proceso de globalización cultural.

El proceso de globalización es un fenómeno cualitativamente distinto a los procesos de generación de matrices nacionales o regionales a partir de la síntesis de identidades culturales locales.

Por esa razón también es diferente la interrelación entre la cultura globalizada y las identidades culturales locales.

La globalización de la cultura y la comunicación se origina en los centros del poder económico, político y tecnológico, y se difunde hasta el último rincón del planeta mediante las redes multimedia.

Hay una determinación mutua e inescindible entre globalización y nuevas tecnologías. A la vez, nunca fue tan evidente el carácter abarcativo del término cultura: hoy nadie duda de que las nuevas tecnologías, es decir, las tecnologías, son una expresión cultural.

Esta expresión cultural incluye muchas variantes: hay una industria cultural que produce para un consumo globalizado y, en simultáneo con la distribución de sus productos, por las autopistas informáticas, la actividad económica mueve diariamente billones de dólares.

Esto es posible porque funciona un espacio cibernético en el que lo financiero corre en paralelo con flujos de información y entretenimiento. El mundo entero especula, gana o pierde, se entretiene o se informa mediante elementos de síntesis, realidades virtuales. El espacio relacionante se convierte en un intercambio de señales codificadas y decodificadas, sean transacciones en moneda o noticias.

Lo que aparece como verdadero es lo que se ve en cada pantalla de computadora o de TV, aunque sea tan solo una representación que nadie puede chequear con la materialidad de origen, salvo mediante el uso de otros instrumentos también virtuales.

Las redes informativas globales distribuyen esa realidad virtual y terminan convirtiéndola en "la" realidad, de modo tal que van superando los espacios de control de las sociedades nacionales sobre los núcleos que interesan para su propio desarrollo.

6. Impacto de la globalización sobre las identidades locales.

Según lo expresan algunos autores, el proceso que describimos produce la "fragmentación del hábitat cultural" de las sociedades nacionales y regionales.

Los núcleos culturales significantes, y que son resultado de una elaboración comprobable en la historia de cada sociedad, son reemplazados por productos culturales sintéticos, aceptables por una gran diversidad de públicos en la medida en que son suficientemente ambiguos como para ser consumidos acríticamente.

Para las sociedades nacionales esto implicará, a la larga, la disolución de imaginarios colectivos creados genuinamente por los pueblos, y su reemplazo por otros imaginarios, elaborados por los técnicos y los profesionales del espectáculo y la información, e impuestos por el poder mass-mediático. Otra característica del fenómeno de la globalización es que el espacio cibernético trasciende toda frontera o límite aduanero. Hay una serie de aspectos que ya son difíciles de controlar por los gobiernos.

Pero si bien el espacio cibernético puede trascender fronteras, no por eso se distribuye homogéneamente hacia el interior de las diversas sociedades: llega de manera diferenciada a los distintos sectores sociales, y potencia la fractura y conflicto entre los mismos.

Porque en las redes informáticas y mediáticas hay igualdad de oferta, pero no de accesibilidad. Los sectores privilegiados de la economía y el poder utilizan sin dificultades el video cable, la fibra óptica y las redes informáticas multimedia, y en una década alcanzarán tecnologías mucho más sofisticadas. La importancia de esta oferta está en que por allí circula información necesaria para ayudar a la toma de decisiones.

Por el contrario, el gran público, los sectores de menores ingresos y sin poder social o político evidente, sólo puede acceder a la chatarra del espectáculo y la información, lo verdaderamente masificado. Lo que el público de este segmento recibe no tiene ninguna relevancia para tomar decisiones: es fundamentalmente entretenimiento o información - espectáculo.

Esta desigualdad se agudiza en los sectores excluidos social y/o geográficamente marginados; de este modo, hablar de un "vecindario planetario", como si verdaderamente hubiéramos avanzado hacia una sociedad civil globalizada, constituye una totalización abstracta.

La cultura y la informática globalizadas se mueven en segmentos diferenciados y cada vez más distantes. Estos segmentos sólo se unen ante ciertos eventos que por razones de negocio o de política requieren una audiencia unificada: por ejemplo los mundiales de fútbol o la Guerra del Golfo.

El flujo informativo y cultural está hoy concentrado en un reducido grupo de multinacionales. Según los distintos sectores sociales, puede accederse a unas u otras ofertas de ese flujo.

Este mecanismo reproduce y profundiza la idea de sociedades de dos velocidades características de la actual etapa, y en todos los casos el universo de los sectores populares sólo puede acceder a los productos de una industria cultural de concepción distributiva, de difusión de valores y contenidos elaborados por elites profesionales.

La globalización y transnacionalización de los flujos informativos y culturales termina desdibujando el trazado de políticas culturales a nivel nacional; se establece una nueva tensión en la que los polos son, por un lado, la cultura globalizada, y por otro, una multiplicidad de identidades culturales locales en actitud de introspección y de nuevo aislamiento.

Peligrosa situación: todo esto ocurre en un contexto de importantes cambios estructurales cuyo resultado es la agudización de las desigualdades entre sectores sociales, regiones y países.

Entonces, la cultura globalizada aparece como el fetiche del Nuevo Orden, del avance tecnológico y económico; por el contrario, las culturas regionales y locales, profundamente atadas y enraizadas a las masas empobrecidas y excluidas, terminan acusadas de ser la causa de la pobreza y la marginación.

Se les asignan calificativos tales como "tradicionalistas", "resistentes al cambio", "recluidas en el pasado" y acaban siendo presentadas como la causa del atraso y la pobreza de sectores populares, regiones y países, y no (como son en verdad) consecuencia de la creciente injusticia social y económica a nivel mundial.

No puede negarse que culturas locales que se cierran sobre sí mismas tendrán un efecto profundamente negativo para el desarrollo de sus grupos portadores; pero un diagnóstico correcto del fenómeno debe pasar, necesariamente, por reconocer que estos procesos se basan en la necesidad de repliegue y autodefensa de los sectores marginados y excluidos.

En la medida en que la exclusión social de grandes sectores de la población pasa a ser un hecho estructural, y que además este fenómeno ya se arrastra lo suficiente como para considerarse una realidad establecida, puede observarse que han surgido identidades culturales y grupales orientadas estrictamente a la supervivencia de cada grupo, localidad y los miembros integrantes.

Por ejemplo, en muchas grandes ciudades de América Latina hay una segunda generación de chicos de la calle: ya son chicos *nacidos en la calle*. Estos grupos están forjando una identidad que parte de su exclusión y desarrollan una cultura de supervivencia que no tiene que ver con los desocupados tradicionales, que tenían la posibilidad de salir y entrar del mercado laboral como práctica habitual.

Los excluidos en esta etapa, como promedio, no podrán insertarse en ninguna actividad "formal". Por lo tanto están desarrollando culturas de supervivencia dentro del mundo de los excluidos; su vinculación con la producción y el consumo son desde la exclusión y este hecho cristaliza identidades grupales y de localidad cualitativamente distintas.

Sin embargo, estas identidades se forjan con mucho de espurio y alienado, porque están profundamente sesgadas por los fetiches de la cultura mass-mediática y sus mensajes recurrentes: droga, violencia desmedida, filosofía del "sálvese quién pueda", y sobre todo legitimación del poder y el statu-quo.

Los excluidos se reconocen en esa identidad, pero la misma no es lo suficientemente fuerte ni auténtica como para sentirse legitimada frente al poder que avala la exclusión.

Otro tanto ocurre hacia el interior de grupos con diferentes grados de exclusión; campesinos pobres, aborígenes, minorías diversas, se abroquelan en identidades útiles para la autodefensa inmediata pero que no tienen suficiente capacidad para reconocer su propio valor y convertirse en herramientas transformadoras.

Un caso especial, fenómeno novedoso, lo constituyen los jóvenes que están construyendo culturas grupales sin asidero territorial. Por ejemplo los grupos punk, que cristalizan relaciones tribales a partir de determinadas actitudes, comportamientos y estéticas compartidas, y sin embargo no tienen (salvo ocasionalmente) una localización común.

7. El valor de las identidades locales frente a la globalización.

En la experiencia latinoamericana, como vimos, hay tres ciclos de valoración de las identidades culturales locales: el folklorizante, el de aporte a una síntesis de cultura nacional, y el del repliegue ante el impacto de la cultura globalizada.

En este tercer ciclo las identidades locales se asoman hoy a la encrucijada: o se encierran y abroquelan en lo que consideran patrimonios inmutables, o imaginan estratagemas que permitan a los grupos que las sustentan insertarse en niveles creativos de la globalización.

El primer caso conduce, a mediano plazo, a un proceso de dislocamiento de las matrices culturales y de anomia social. Porque una cultura local encerrada en sí misma no puede, en modo alguno, evitar la intrusión de la cultura globalizada.

En la aldea más alejada tenemos hoy la antena parabólica y la repetidora local de TV; y no están para abrir el mundo a través de Internet, sino para depositar los productos culturales chatarra.

Imaginarlos, rituales y tradiciones de grupos encerrados ya no son suficientes como para obviar la fuerza fetichizadora de la producción cultural globalizada y estandarizada; porque aún sin antena parabólica llegarán las telas sintéticas, los agroquímicos y las sopas instantáneas, y también los pastores

fundamentalistas predicando la resignación ante la injusticia, la vida en el templo y la inconveniencia de la participación en la vida política y social.

En el segundo caso, tenemos la posibilidad de abrir perspectivas innovadoras, que arrancan de un diagnóstico realista: la irreversibilidad del proceso de globalización. Es un reconocimiento de cada grupo, de cada minoría, de cada aldea o región, de que el mundo es ancho, pero no ajeno.

En una humanidad que se reformula en forma veloz y constante, la amenidad cultural de un grupo determina, tarde o temprano, su inviabilidad social y económica.

El padre jesuita Martín Baró, asesinado en El Salvador, tenía una frase para esto: "La identidad es la construcción del futuro".

8. La necesidad de un programa de cultura globalizada, en otra perspectiva.

El Nuevo Orden Mundial y las políticas neo-conservadoras han producido una segmentación mundial inédita. La concentración del poder, la riqueza y la información en una mínima porción de la humanidad se separa de manera exponencial de la vida y las posibilidades de las grandes mayorías.

El fetiche de la comunicación y la cultura globalizadas encubren esta brecha: el fetiche del vecindario planetario produce, en miles de millones de personas, la ilusión de que comparten con Maradona la pena por ser expulsado del Mundial de Fútbol, o las alegrías de amor de Claudia Shiffer.

Lo exitoso de fabricar esta ilusión es que la eficiente distribución en cada pueblo se reproduce hacia cada casa, cada familia o individuo. Con un corto inventario de productos mediáticos es posible satisfacer las motivaciones y sentimientos frivolidados de pueblos diferentes y distantes. A la vez, cada familia descubre que para satisfacer esas necesidades ya no es necesario meterse en un entramado social: es suficiente quedarse en casa. La única lucha social remanente se da en el mercado de trabajo, de manera individual y desorganizada.

La socialización, la tarea compartida, la propuesta conjunta, es reemplazada por la aceptación individual y acrítica de los slogan intermediados.

Las identidades culturales locales están indefensas ante este complejo tecnológico-comunicacional. Por un lado tienden a reforzar las condiciones de ghetto, y por otro son desestructuradas hasta que sólo subsisten los componentes escleróticos, declamativos y aislacionistas.

Es en este plano que se hace imprescindible generar un programa que revivifique instrumentos culturales que puedan ser utilizados por los pueblos para revertir la actual crisis de desesperanza.

Para elaborar un programa de esta naturaleza es necesario re-discutir algunos conceptos, y definir con claridad los actores.

Tenemos en primer lugar el concepto de sociedad civil, que además está asumiendo la condición de "sociedad civil globalizada". En un programa como el que enunciamos es necesario establecer un límite dentro del amplísimo espacio de esta categoría.

Porque en el desarrollo de la cultura globalizada ya hay sectores de la sociedad civil que operan su propio programa: la cultura transnacionalizada, las autopistas informáticas, el desarrollo y uso de las tecnologías están en manos de las grandes corporaciones multinacionales. Ellas tienen su propia definición de la "sociedad civil", y la están aplicando: afirman claramente su diferenciación del Estado, en una lucha en que el concepto de libre flujo informativo y desburocratización quieren decir "flujo informativo como libertad de empresa", "privatización absoluta", "abolición de los controles estatales", y "el mercado como único espacio decisorio".

De hecho, los gobiernos ya no pueden controlar el espacio cibernético financiero ni el espacio comunicacional planetario.

Esto quiere decir que, así como se ahonda la brecha entre ricos y pobres, integrados y excluidos, también aumenta la diferenciación entre dos modelos de sociedad civil, tanto en los niveles nacionales como globalizados.

Desde la perspectiva de los sectores populares y sus organizaciones, la sociedad civil de escala nacional o planetaria se concibe de otra forma. En primer lugar, la crítica al Estado como aparato burocrático y autoritario no implican la sustitución del mismo, sino su reconversión. Se reclama del Estado que efectivamente funcione como un espacio de representación de las fuerzas sociales y la creatividad de las sociedades nacionales; que sea un vector activo en la relación entre las construcciones culturales hacia el interior de las naciones, y la cultura globalizada emergente. Esto sólo es posible si el Estado es democrático, y construye su hegemonía a partir de un amplio marco participativo.

En segundo lugar, es necesario construir un concepto diferente de "lo público".

En las concepciones del estado burocrático "lo público" se reduce al espacio de servicios a la población, como otra dependencia gubernamental; en la lógica del mercado, "lo público" no es más que el espacio de la competencia, la oferta y la demanda, la transacción entre intereses particulares.

En el campo cultural, a partir de la implantación del orden neo-conservador, la confluencia de estas concepciones ha producido una estricta división del trabajo: el Estado asume el rol de curador de museos y bibliotecario, en tanto las corporaciones de la industria cultural se dedican a las expresiones dinámicas de fácil consumo y buena rentabilidad.

Atrapadas en estas tenazas, las culturas locales y grupales sólo sobreviven angustiosamente; porque al no haber programas nacionales que garanticen el procesamiento de los múltiples emergentes culturales, no tienen ninguna fuerza para vincularse entre sí ni proyectarse más allá de la experiencia local. En

tanto, desde la máquina de la industria cultural privada avanza una hegemonía cultural basada en los mecanismos distributivos mediáticos. Para esta máquina corporativa, las identidades culturales locales y grupales merecen una sola consideración: realizar los estudios motivacionales que garanticen un buen feed-back entre producto cultural y consumo.

Nada de esto puede ser enfrentado ni encauzado sin un activo programa cultural, que debe tomar las identidades culturales locales como emergentes de las distintas manifestaciones de la creatividad popular.

¿Qué objetivos tendría este programa? Podemos enumerar unos cuantos: 1) reconstrucción de tejidos sociales, políticos y culturales, hoy profundamente afectados por el orden neo-conservador y los procesos de exclusión masiva; 2) reconstrucción y reordenamiento de las lógicas de acción colectiva, no como receptoras de planes centralizados sino como síntesis de múltiples aportes; 3) rescate del hábitat cultural, de las determinaciones profundas entre territorio, memorias, creencias, estéticas e imaginarios populares; 4) contribuir a la formulación popular de nuevas estrategias y modelos de desarrollo, superadoras tanto de la polarización ideologista de la etapa de la Guerra fría, como del actual modelo de capitalismo salvaje sin contrapesos.

9. La necesidad de efectores y mediadores y el rol de las ONGs.

Este programa no puede llevarse adelante sin la adecuada intervención de una serie de agentes efectores y mediadores. El retroceso del Estado y el fuerte dinamismo de las corporaciones no puede ser compensado por la acción espontánea de los grupos locales y minoritarios porque su forma de movimiento actual es el aislamiento y las dificultades de articulación.

En América Latina, en la última década vivimos con optimismo la gestación de nuevos movimientos sociales, síntesis de la experiencia de múltiples grupos de la sociedad civil. Pero hoy este optimismo ha dejado lugar a una cierta cautela y a muchos interrogantes. No ha habido comprobaciones de continuidad ni cohesión en muchos de estos movimientos, al menos no las suficientes como para construir alternativas.

Estas experiencias nos permiten extraer algunas conclusiones interesantes: 1) La presencia en este proceso de organismos de nuevo tipo como apoyo y a veces disparador de estos movimientos. 2) Estos organismos son las ONGs. de promoción, educación popular y comunicación, con acciones e intereses en múltiples campos, y que han sido capaces de facilitar rupturas del aislamiento de grupos e identidades locales a partir de un modelo de interconexión con ONGs. del mundo industrializado y articulación entre ONGs. del Tercer Mundo.

La emergencia de las ONGs. en los últimos veinte años ha dado lugar a una nueva discusión sobre el espacio público, en la medida en que la acción de estas organizaciones no es ni estatal ni privada en el sentido de mercado. Sus actividades se orientan a la consolidación de la sociedad civil en términos que no comprende la empresa lucrativa o el mercado competitivo. Hay muchas experiencias que muestran que es posible el desarrollo social y económico solidario si el mismo se lleva a cabo mediante un modelo que arranque de las identidades grupales y locales, respetando los complejos culturales de los pueblos. También se ha visto que las experiencias de desarrollo de este tipo permiten que esas identidades locales salgan de su reclusión y se abran a lo que resulta imprescindible: participar de la globalización desde un marco creativo, de modo que los crecientes flujos de información e innovaciones tecnológicas puedan ser incorporados según las necesidades del grupo y no por la imposición externa.

Es en este plano que los organismos no gubernamentales tienen la posibilidad de definir un rol mediador entre las nuevas tecnologías de la comunicación y la cultura globalizada, por un lado, y las necesidades de grupos y regiones, de modo que estos puedan apropiarse de la oferta tecnológica, de la información, de la multiplicidad de la cultura universal, para de ese modo enriquecer sus propias matrices culturales e ir forjando una identidad hacia el futuro.

La gran posibilidad que tienen las ONGs. es consolidarse como organizaciones de la sociedad civil de un nuevo tipo, y operar como mediadores desde las perspectivas e intereses de los mismos grupos locales o regionales, desde sus necesidades de ver el mundo y el futuro con una perspectiva propia.

Otra ventaja relativa es que, según muchas experiencias reconocidas, esta forma de operar como organizaciones sociales de nuevo tipo tiene como marco la concepción de la cultura como totalización y, por lo tanto, reconociendo la capacidad creadora de los sectores populares. Se desestructura un tipo de

concepción que sólo valora como cultura a las expresiones letradas o artísticas legitimadas en el plano académico o por el consumo de los sectores privilegiados.

10. ONGs. e intervenciones locales en la era de las redes.

Muchas ONGs. latinoamericanas han tenido una línea de trabajo que ha permitido establecer una nueva relación entre las micro-experiencias y la visión de un desarrollo general. El trabajo en comunidades pequeñas, o con grupos reducidos, ha tenido en muchísimos casos el gran logro de no quedar en ese mundo pequeño, como pruebas piloto, sino como proyectos concretados en lo particular pero basados en contenidos y objetivos universales.

Por el contrario, ciertos programas limitados exclusivamente a lo micro, sin aperturas a una visión y relacionamiento externo, han concluido con escasas perspectivas futuras, cerrados en sí mismos.

Nuestra experiencia como ONG., la experiencia del Instituto Cordillerano de Estudios y Promoción Humana, ICEPH, con sede en Bariloche, Argentina, nos permite convalidar la primera de las líneas de acción y el marco de análisis que estamos exponiendo. En nuestro diagnóstico sobre las respuestas positivas que se obtuvieron mediante este modelo de acción figuran los siguientes elementos:

1) La lectura de las identidades culturales locales de nuestras micro-experiencias siempre se hizo a la luz del concepto de que consolidarlas –como mecanismo de autoafirmación de los grupo-meta- no era "preservarlas de la contaminación externa", sino por el contrario incentivar su relacionamiento global.

2) La concepción de la propia ONG. como parte de un espacio amplio de la sociedad civil. Esto nos llevó a cuidar tanto el relacionamiento con los grupo-meta como con diferentes redes de distinto alcance.

3) La asunción transparente del rol de mediadores entre las redes globales y los grupo-meta locales. En sí mismos, los grupos campesinos, indígenas, de mujeres pobres, las organizaciones barriales, no cuentan con las posibilidades ni los mecanismos para lograr una inserción de ese tipo; pero si una organización no gubernamental plantea clara y concretamente ese servicio, el mismo es aceptado y resaltado como conveniente.

4) La aplicación de una contra-cultura comunicacional a partir de aprovechar la "paradoja tecnológica". Porque, como vimos, el prodigioso desarrollo de la cultura globalizada, de las grandes redes de informática, está estrechamente ligada a un desarrollo exponencial de los recursos tecnológicos. Este desarrollo tecnológico, que posibilita la articulación planetaria en torno a intereses corporativos también ha puesto a disposición de los grupos populares recursos de comunicación de bajo costo y fácil acceso: estaciones radiofónicas de frecuencia modulada, expansión del video y las emisoras de televisión comunitaria, uso de canales de cable, terminales de correo electrónico para vincularse con bancos de datos, edición económica de programas de audio, INTERNET, etc.

5) Comprobamos que la generación de procesos de contra-cultura comunicacional, de "comunicación alterativa", como diría Rafael Roncagliolo, revierte procesos de encierro de identidades culturales locales y dispara la formación de redes articuladas de grupos populares, y a la vez los incentiva para buscar relacionamiento externo.

11. Lo que dan las redes y su potencialidad futura.

Cuando hablamos de lo que las redes pueden aportar a la interacción cultural, a los diálogos en el marco de la cultura globalizada, y al desarrollo social, necesariamente tenemos que diferenciar dos categorías de redes.

Sintetizando los conceptos anteriores, la cultura globalizada presupone la "era de las redes". Esta "era de las redes" es planteada por algunos como la apertura de un "vecindario global", de una sociedad civil a escala planetaria.

Pero la sociedad civil planetaria, al igual que las sociedades civiles de escala nacional, están hoy fracturadas; la desigualdad social se ha convertido en una aguda polarización.

Según los polos sociales a que sirvan, hay una serie de redes que están en función de los intereses de la minoría privilegiada. La cultura global que expanden es de dos velocidades: una es un instrumento para la toma de decisiones y la otra sólo cumple un papel distributivo.

Ante el impacto de una cultura globalizada que no toma en cuenta las necesidades ni particularidades de las identidades locales, estas tienden a refugiarse en sí mismas, a introspectarse, lo que conduce a aumentar la exclusión social de los grupos portadores y a su deterioro y anomia.

Pero en la medida en que la sociedad civil no es un todo homogéneo, muchas organizaciones no gubernamentales asumen un compromiso con los sectores excluidos y postergados. Esta acción nace de una comprensión profunda de las identidades culturales locales, del hábitat cultural generado a lo largo de la experiencia de los grupos y regiones.

Muchas ONGs. desarrollan acciones micro, pero teniendo en cuenta que las verdaderas posibilidades de los grupos no son el aislamiento, el ensimismamiento, sino la apertura al mundo.

Es en este contexto que también han surgido redes de naturaleza opuesta a las redes de las corporaciones de la informática y la cultura - espectáculo.

El actual desafío es expandir y consolidar esas redes de manera tal que puedan satisfacer una serie de requerimientos:

1) Establecer una discusión sobre los habituales parámetros de relación Norte-Sur, Sur-Sur, Norte-Norte...porque el Nuevo Orden Mundial significa también una nueva relación en la sociedad civil global. Las organizaciones de home-less de Estados Unidos deberían articularse en un mismo parámetro con los vecinos de favelas de Río. El nuevo orden es también reordenamiento de la línea divisoria entre privilegiados y excluidos.

2) Consolidar las redes de organizaciones de la sociedades civil y apoyar la creación de otras, y orientar un trabajo de globalización cultural basado en las demandas y creatividad de las auténticas culturas populares. Las redes de organizaciones populares deberían balancear los flujos informativos y de

espectáculo de las cadenas corporativas, creando instancias de cultura global basada en las múltiples experiencia creativas. Es necesario crear mecanismos dinámicos que permitan los flujos de información de doble sentido.

3) Desarrollar una fuerte campaña para fortalecer una cultura globalizada basada en el reconocimiento y respeto de las diferencias, y a la vez en la concepción de que las identidades diferenciadas no se consolidan con la represión o el aislamiento sino en la relación con el otro.

4) Cooperar en la obtención de recursos destinados a dotar a los miembros de las redes de organizaciones populares de la tecnología necesaria para el acceso a los flujos de información, bancos de datos, intercambios con otras organizaciones, etc.

La actual situación mundial, generada en el marco del modelo neo-conservador, puede agudizarse y llevar a la humanidad a un estado de escisión: por un lado, una sociedad de privilegiados, "vecinos planetarios" conectados por los sofisticados sistemas de redes informáticas, espectáculos y técnicas de educación interactivas; por el otro, una gigantesca población feudalizada, refugiada en sus ghettos y sólo vinculada por productos comunicacionales descontextualizados, dirigidos tan sólo al entretenimiento y la evasión.

Este no es un destino fatalmente trazado, sino una posibilidad, la más grave. En otro lugar del espectro futuro, tenemos la posibilidad de consolidar nuestras actuales redes de organizaciones populares, de comunicación alternativa y alterativa.

Ya tenemos experiencias que muestran que es posible; el desafío es hacer crecer esas experiencias.--

Bariloche, Argentina, marzo de 1995

¹ Guillermo Gutiérrez. Antropólogo, Universidad de Buenos Aires.

Director de ICEPH, Instituto Cordillerano de Estudios y Promoción Humana.

Tele-fax 54+ (0) 2944- 424305 - Mitre 660 - 1° "C"

San Carlos de Bariloche, (8400) Río Negro, Argentina.

Email iceph@ciudad.com.ar www.iceph.com.ar